

Obra literaria, regularmente en verso, hecha con el objeto de reprender, censurar, criticar y ridiculizar los vicios, las pasiones desahogadas, las necesidades y las impertinencias de los hombres.

(Diccionario Nacional de Domínguez).

ENCOMIENDA.



DIARIO SATÍRICO, DE LITERATURA Y COSTUMBRES.

El conocimiento ó el estudio de las letras humanas en un sentido general.

COSTUMBRES.

Conjunto de buenas ó malas cualidades que forman el caracter distintivo de una persona ó de un pueblo.

(Diccionario Nacional de Domínguez).

NÚM. 10.

VIERNES 29.

JUNIO.—1849.

MIS AFLICCIONES.

Dijete el otro día, caro lector, *mis afecciones*; hoy quiero contarte *mis aflicciones*, pero huyendo de *alusiones*; y he aquí sin saber como, tres consonantes venidos al vapor.

Hay *ocasiones*, (y va otro consonante que por mi fé no creas lo hago á propósito) en las cuales, ando con ellos á la gallina ciega sin poder pescarlos á pesar de un libraco viejo forrado de pergamino, que cierto poeta me legó al morir con mucha recomendacion y el que he tenido por toda mi vida sobre la chimenea, sin saber en verdad su mérito hasta ahora que me ha sido preciso probar fortuna con los versos.

Pero hay otras, como la presente, en que no se los puede uno quitar de encima ni á puñetazos. He aquí ya dos aflicciones distintas.

Tiene uno ciertos días del año en los cuales parece que todo sonríe en torno nuestro, respirando felicidad y ventura; pero entra á lo mejor el recibo de la contribucion y adios mi dinero, la escena se transforma en pesar y duelo; esta es otra afliccion.

Va uno á una reunion y como no acostumbra á murmurar, tiene que estarse callado, haciendo un ridículo papel entre los demás parlanchines; afliccion que le pone á uno en el caso de

renegar de su caracter que no se presta á tan útil pasatiempo.

Va uno á la comedia, y además de aflijirse con los lloriqueos de la dama, recibe una nueva afliccion al ver á su vecina en amistoso coloquio con un extraño, á pique de caer en lenguas mordaces, que revelando á su marido el hecho, se ponga en duda su reputacion.

Toma uno un periódico de tal ó cual parte y lee un *soberano congratulámini* á tal ó cual autoridad sobre tal ó cual reforma, mejora etc. y se queda afligido en dosis sobresaliente.

Tropieza uno por casualidad con un cadaver que conducen al cementerio; y aunque no sea mas que por curiosidad, pregunta uno quien era aquella persona; y conforme habia de ser algun señorón orgulloso de esos que viven aborrecidos y nadie les hecha de menos despues de su muerte, es un infeliz que vivió honradamente de su trabajo, hasta que un accidente imprevisto le paralizó sus miembros y ha tenido que sucumbir de miseria, sin embargo de tener un hijo y un hermano en abundancia, pero con una ingratitud espantosa, que ha alijerado sus días rápidamente. ¿Quien es el mortal que no se aflige en este caso?

Oye uno decir á los padres de familia, que sus hijos no aprenden á hablar bien el castellano, porque no hay maestros que les enseñen á pronunciar, y que con el roce de ciertas gentes ordi-

narias, recogen malos hábitos y desfiguran y vician muchas palabras que tampoco se las corrijen; y no puede uno menos de afligirse considerando que algun dia puede llegar á ser padre de familia, encontrándose en el caso de tener que fiar un hijo á esta clase de educacion.

Vienen á uno y le cuentan, así por casualidad, que en cierto establecimiento de beneficencia, cierto director para castigar ó reprender las palabras indecorosas, se permite usar las mordazas que tenia el *santo oficio*; y uno á la verdad como puede estar alguna vez en el caso de necesitar los auxilios de ese establecimiento, se aflige y con razon porque puede escaparse alguna de esas palabras, y ser tratado del mismo modo, aun cuando esto no se permita mas que para los blasfemos, á quienes tampoco es ya costumbre su aplicacion.

Sale uno á la calle y por donde le van acosando los mendigos de todas castas, generos y edades, sin advertir que es la escena mas aflictiva de cuantas puede haber en el mundo, considerada con alguna reflexion y detenimiento: y se aflige uno doblemente al recordar que pueden establecerse asilos, en donde sin gravar al vecindario, vivan en santo recojimiento siendo útiles á si mismos.

Y por este genero, lectores, se aflige uno de otras muchas cosas entre las cuales la mas principal es *el indiferentismo*; y si al fin pudiera uno llorar, ya desaogaria la pena de algun modo; pero es el caso que mis aflicciones ni todas reunidas, ni ninguna en particular hacen mas que conmovirme: yo daria por bien empleado el estar toda mi vida atragantado, con que produjeran el mismo efecto á quien corresponde su remedio.

El baile por dentro.

(Conclusion).

Una Comision, compuesta de Maestranteros á caballo,

acompañó á sus Altezas que entraron en el salon al sonar las nueve y media; siendo al punto saludadas por toda la concurrencia, que de gozo y entusiasmo parecia satisfecha: las músicas saludaron tocando la marcha régia, y al punto comenzó el baile, rompiéndolo la Princesa con el marqués del Salar, y la señora marquesa con el duque Montpensier, dos dignísimas parejas. El Infante ya despues no bailó á ninguna dellas; pero su Alteza la Infanta alternó segun se viera, con el señor de Roncali, Campuzano y Lopez Vera: el marqués de Villareal y Gispert, á quien por señas su Alteza le dirigia la palabra con frecuencia. Describir la pedreria el gusto y delicadeza, que en sus trajes ostentaban las dos personas escelsas, seria tan infinito y difuso, como fuera, el dar relacion exacta de pormenores completa, sobre todo lo notable que figuró en esta fiesta. A la una de la noche pasaron ya sus Altezas, al salon del ambigú y las señoras con ellas. En él toda la Maestranza los honores de la mesa hizo con galanteria, á reunion tan hechicera. Luego que hubieron salido quedó ya franca la puerta, á lo demás del concurso que estaba con impaciencia; no tanto por interés sino por mirar de cerca la disposicion del patio, sus adornos y manera.

Una banda militar
 tocaba muy lindas piezas,
 mientras duró el agasajo
 elevando mas la idea.
 A las doce, tenían dadas
 las órdenes sus Altezas
 para marchar; pero luego
 hasta las tres no salieran
 llevando la Comision
 que á su venida trajeran.
 El baile acabó á las cinco;
 todos sintiendo de veras,
 no hubiera sido mas larga
 esta memorable fiesta;
 por el buen orden que tuvo,
 por su admirable grandeza,
 por el local elegido
 y por ser objeto della,
 personas cuya memoria
 conservaremos impresa
 en caracteres de oro,
 con estimacion inmensa.

SALUBRIDAD PÚBLICA Y BUEN GOBIERNO.

No es para llegar á viejos esta vida, Pancracio, te aseguro que ya estoy harto. Este trabajo es como las penas del infierno que nunca se acaban. Cuando veo al regente de la imprenta que entra retorciéndose el vigote, sin enseñar los dientes, y me dice «original para el número de mañana» se me descoyuntan todos los huesos. Deseo por momentos terminar el encargo de los *Despabiladores* y salir del compromiso que contraje con el público, acabándolo de divertir á costa de insomnios, de veladas y malos ratos; pero lo que es por hoy, no hay otro remedio mas que doblar cabeza y seguir adelante; por consiguiente, acometamos este 4.º paquete y veamos lo que contiene. Dice el epigrafe de la careta; «este legajo consta de tres carpetas: la 1.ª contiene lo concerniente á salubridad pública; la 2.ª lo respectivo á buen gobierno; y la 3.ª algo de moral y buenas costumbres.»

—Mi amo! si viera V. como me gusta todo eso! siga V. leyendo por dentro porque las tripas han de estar muy buenas.

—Carpetas 1.ª; buscaremos el índice; aquí está, leamos: *Cuernos*. ¡Cáspita qué buen principio!

—Páse V. ese tratado en claro, que si algo se dice de ellos va á haber una lluvia de alusiones que no nos vamos á poder limpiar en un mes.

—No hombre; no hay motivos, porque dice despues, *quemados*.

—Tanto peor; en ese caso las narices no podrán menos de llamarse aludidas, y entonces ya ve V. de las narices al estómago, del estómago á las náuceas y..... ahora que recuerdo, les oi decir á los despabiladores, que en cierta calle ó plaza, todas las mañanas se hacia un sacrificio de estos; se apesataba el barrio, y trataban de denunciarlo á la autoridad, como contrario á la salud.

—Pues eso mismo es lo que dice en este borrador. Sigamos con otra, *Plazuela de los Hospitales*.

—¡Válgame Dios mi amo! nada se les escapaba á los despabiladores: qué buen acopio de materiales tenían hecho; si los hubieran dejado, sin duda se hacen memorables en Granada. Ya ve V. esa placeta; ahí es nada, no se puede pasar por ella; porque todos sus contornos estan cubiertos de incrementos y.....

—De escrementos, dirás.

—Si, señor, de excremento, y de mal olor, y de mala vista, y de todo lo malo que V. puede figurarse; yo cuando paso por ella me tapo ambos órganos, y solo me queda la tecla de los pies, porque sino echaria hasta los bofes, ahora particularmente con el calor.

—Y lo que es mas extraño, que estando en el centro de la ciudad no se haya puesto remedio; ¡sea todo por Dios! vamos con otro. *Curtidores*.

—¡Bravo! me alegro que nos quiten esa pestilencia de un sitio tan público.

—¿Qué dices tonto? ¡que nos quiten! ya.....

—Pues si no los llevan á punto á propósito fuera de la poblacion, y el hermano cólera se empeña en visitarnos, ya la hemos hecho.

—No, eso no te incumbe á ti, la autoridad que nada olvida y prevee lo mismo que nosotros, sabe bien lo que debe hacer. Otra carpeta. *El rio Darro.*

—Tambien tienen razon en denunciar el rio por aquella parte del puente de la Paja, mi amo: de alli en la fuerza del sol se salan unas mialmas que...

—Exhalan miasmas, animal.

—Si señor, eso; aquel sitio está todo útrido: y debia disponerse que...

—Chito, que ya sabrá lo que debe hacer la autoridad á quien corresponde. Sigamos. *Cenagueros en las calles.*

—¡Oh! eso si que es un talento consumado.

¿Por qué dices eso, Pancracio?

—Porque hay algunas calles que no puede pasarse por ellas, como, verbo engracia, la de San Isidro; alli hay unos desagües salientes que van formando poza, pasa algun animal cuadrúpedo, los remueve y parece aquello una lustrina.

—Vamos calla, y no digas disparates; pero ¡ola! una nota de letras muy gordas en que dice «se continuará. Esto sin duda da á entender que en algun otro paquete encontraremos mas materia. Entremos con la 2.^a carpeta. En primer lugar tenemos, *Cauchiles sin tapones.*»

—No hay pocos, mi amo, con exposicion de las gentes y de los animales.

—No me interrumpas, que es tarde: *Macetas en los balcones*, son perniciosas para el público, no solo por los bautismos que se hacen continuamente con los riegos, sino porque desprendiéndose una, puede romperle la cabeza al que acierte por fortuna á pasar por bajo.

—Estoy conforme con los despabiladores.

—*Derribos de edificios*; que se ha-

gan de noche ó de madrugada.

—Seguramente debe ser asi, porque no se puede pasar por algunas calles en las principales horas del dia; y para eso si lleva uno la ropica del domingo.

—Paja, para cuando la haya.

—Tambien está muy bien tenido en consideracion; debe solo encerrarse muy de mañana ó noche, pero no hable V. nada de esto porque entonces nosotros estamos de palas en mitaica.

—Por eso mismo, Pancracio. *Continúan, Chorreras ds cañerías, puestos en las aceras, toldos fuera de las puertas de las tiendas.*

—No hay duda de que debe vigilarse mucho sobre todos estos abusos.

—*Alumbrado.*

—Mi amo, permítame V. que ahí le diga á V. un párrafo.

—Di, hombre.

—Yo dispondría que los faroles no se apagaran, y lo dispondría cuidando se les hechara el óleo necesario; dispondría que los faroles grandes se limpiaran muy bien para que la luz resaltara; dispondría que en las noches de luna se encendiera alumbrado en las callejuelas donde aquella no tiene pasaporte para entrar por ser estrechas, y dispondría.....

—No dispongas mas, Pancracio, y déjame que concluya porque el sueño va ya disponiendo de mis ojos. *Empedrados.*

—Es un dolor mi amo! hay calles transversales que no se les ha tocado desde que se espulsaron los moros.

—Carpeta 3.^a *Moral y buenas costumbres.* Héchese una ojeada por el barrio de Alacaba y otros á este simil donde habitan ciertas mancebas en perjuicio no solo de la moral, sino de la salud de algunos mancebos de armas tomar, que les hacen corte continua.»

—Esa carpeta ha echado la cerradera; ¿y no continua, mi amo?

—Si, pero yo trato de dejarlo para otro dia, pues mi estómago se encuentra aludido por la necesidad.

Granada.-1849.-Imprenta de los Sres. Astudillo y Garrido.